

v/4 pasta 7
Revista *Tom 5*

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del Centro Estudiantes de Ciencias Económicas

Director:

Luciano Carrouché

Administrador:

Miguel G. Di Cio

Secretario de Redacción:

Italo Luis Grassi

Redactores:

**Mario V. Ponisio - Mauricio E. Greffier - Agustín A. Forné
Jacobó Waisman - Dívico A. A. Fürnkorn**

**FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CONTADURÍA
INVENTARIO DE 1927**

Año III

Julio y Agosto de 1915

Núm. 25-26



775

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

1835 - CALLE CHARCAS - 1835

BUENOS AIRES

108
577

M. 11

El encarecimiento de la vida

Mientras el progreso en las ciencias y en las artes que cooperan en la producción tiende a disminuir el costo de los productos, no hay región, en los países que pretenden llamarse civilizados, donde no se levanten quejas contra el encarecimiento de todo lo que se necesita para vivir. Creo que no es menester apelar a estadísticas o a tablas comparativas. Está en la conciencia de todos, o mejor dicho, todos lo palpamos: se han organizado protestas, manifestaciones y hasta se han producido desórdenes en algunas capitales. Desde los alquileres al pan, desde los textiles a las legumbres, del calzado a la carne, de los brillantes al mueblaje, todo ha aumentado de precio, en porcentajes de 5 a 35 ó 40 por ciento.

En las comparaciones del costo de la vida en diferentes países, las estadísticas inglesas o norteamericanas establecen la diferencia entre el *costo elevado* de la vida, y el costo de la *vida elevada*: "The high cost of living" y "The cost of high living".

Pero, del aumento del costo de la vida no se queja, o, por lo menos, no murmura el que hace una vida holgada o de lujo; sino el modesto ciudadano que se ha reducido a lo más indispensable y el pobre que lucha diariamente por la mera subsistencia. No hay duda de que las necesidades han aumentado con el progreso; pero en eso estriba precisamente la diferencia entre el hombre y el animal. Este vive con los mismos gustos de dos mil años ha. El hombre pasó de la caverna y la choza, a la casa, a la morada suntuosa: del alimento rudo y simple a las variedades de la cocina moderna; de la canoa al lujoso y rápido transatlántico; del buey o caballo como medio de locomoción al vapor, a la electricidad y así sucesivamente. No se concibe la existencia, si de golpe nuestra civilización quedara

privada del telégrafo, del vapor o de otros inventos de la mecánica. La vida requiere una variedad infinita de comodidades — educación, conocimientos, satisfacciones espirituales e intelectuales — y no se puede pensar en renunciar a ellas sin descender al nivel del bruto.

Hubo época en que un vaso estaba solamente al alcance de una clase. Hoy, nadie pretendería moralizar a la sociedad hasta el punto de que el hombre, en general, volviese a beber agua con sus dos manos juntas.

Por otra parte el poder productivo o, mejor dicho, la posibilidad de la producción ha aumentado de una manera asombrosa. Mr. Wright tomando datos del *Labor Bureau* de Washington probaba, hace más de 20 años, que se requerían cien millones de personas para cumplir la labor de los obreros que trabajaban con máquinas. Excuso decir que el uso de las máquinas ha progresado extraordinariamente de 20 años acá.

Con las máquinas de Mc Kay un solo obrero puede manejar 300 pares de botines por día; mientras que antes no hubiera podido manejar más de cinco pares. Hace cien años un hombre podía hacer a lo más cinco mil alfileres por día; hoy hace más de un millón y medio. Los excavadores para remover el hierro de las minas, las grúas eléctricas, los tabloneros inmensos, la maquinaria gigantesca de las fábricas de acero, todos mueven pesos de centenares de toneladas, con la ligereza con que manejaríamos un muñeco.

No se concluiría nunca de enumerar los progresos del poder productivo. Es deber del economista indagar el porqué de este contraste entre el poder productivo que tiende a disminuir el costo de la producción y los precios elevados que paga el consumidor, cuando el producto llega a sus manos.

Descartemos el momento actual. Una guerra tan formidable como la europea, rompe todo equilibrio — si lo hubiera — y la lógica tiene que batirse en retirada.

La elevación rápida y alarmante de los precios de las comodidades en los últimos años — la disminución del poder adquisitivo del dinero — ha dado estímulo a varios economistas para explicar sus causas. Casi todos, americanos e ingleses, atribuyen el fenómeno al vasto aumento de la producción de oro, al aumento de facilidades y arreglos bancarios, a un retardo relativo en la provisión y oferta de comodidades merced a la colocación de grandes sumas empleadas en territorios nuevos que no son inmediatamente productivos y a las operaciones de los trusts y demás sociedades coaligadas.

Según mi modo de ver todos los fenómenos económicos han sido interpretados y se interpretan sin indagar sus causas más allá del orden social y económico existente. El hombre del pueblo, por ejemplo, relaciona las depresiones industriales con la falta de confianza. Es como si el médico atribuyera la muerte a parálisis cardíaca. ¿Cuál es la causa que produce la parálisis cardíaca?

El dinero o moneda en una sociedad civilizada tiene como cualidad esencial, no la forma o la substancia, sino el uso, y su uso como moneda no es el de otras comodidades, cuyo fin es el de ser consumidas, sino el de servir como medio de cambio, como medida de valor, como medio de almacenar valores o poder adquisitivo, como tipo para pagos diferidos y como regulador de la producción o distribución.

El trueque es demasiado complejo, pesado, engorroso y difícil para responder a los intercambios de una comunidad civilizada. Se elige, por lo tanto, algún artículo que, primero por las costumbres y después por la ley, actúe como medio en todas las condiciones en que se realizan los intercambios.

Este medio lubrica, por así decir, la acción de los cambios, evita la transferencia de artículos voluminosos y facilita el acrecentamiento y la variedad del comercio, permitiendo la división infinita de riquezas y valores, que sería imposible sin este medio.

Cualquiera que haya sido la función primitiva y originaria del dinero, hoy, gracias a la difusión continua de los bancos y del crédito, el servicio más importante que presta es el de medida de valor y para servir satisfactoriamente como tal, la unidad de medida del valor debe consistir en algo fácil de fijarse y rápido de comprender. El trabajo es el precio que el hombre paga por todas las comodidades o, en otras palabras; "las cosas tienen valor en relación a la cantidad de esfuerzo que se necesita para conseguir las", y se cambian solamente en proporción al trabajo y esfuerzo que los que las desean están dispuestos a ejercer para poseerlas. "Pero, mientras el valor significa siempre la misma cualidad hay, sin embargo, varias fuentes de donde se origina esta cualidad y estas pueden, ampliamente, dividirse en dos: una que se origina en el trabajo que implica la producción, y otra que se origina en la obligación de ejercer trabajo y esfuerzo en beneficio de otro". Téngase presente esta segunda causa o fuente del valor para las conclusiones a que tendremos que llegar. Pero, cualquiera que sea

el origen del valor, “como el esfuerzo es siempre la medida real del valor con el que hay que relacionar todas las medidas comunes de éste — para tener una medida común del mismo que nos habilite para expresar cantidad y cualidad (duración e intensidad) de esfuerzo — necesitamos medir el resultado de este esfuerzo. Así para encontrar una medida común del calor, de la luz, de la fuerza expansiva o de la gravitación, debemos tomar alguna manifestación tangible de todas o de casi todas las formas de energía. Las comodidades, siendo el resultado del esfuerzo, son *manifestaciones tangibles del esfuerzo* y son, general y naturalmente, usadas como medidas comunes de valor”. Por lo tanto *la cambiabilidad* rápida, el dominio inmediato del poder adquisitivo dan al dinero su valor especial. Pero no hay que perder de vista que lo que en último análisis el hombre quiere no es dinero, sino comodidades o servicios.

Las causas que privan del dominio de comodidades o servicios no se combaten de ninguna manera con aumentar la provisión de oro, plata u otra especie de dinero.

Supongamos que una persona está empleada en el municipio y que éste, en compensación de su trabajo, le da tres pesos diarios. Teniendo necesidad de un par de zapatos, va a casa del zapatero y los compra por tres pesos; el zapatero con la misma suma, compra al sastre un pantalón; el sastre necesita una silla y le da esa cantidad al carpintero en cambio de una silla que éste está terminando. Cuatro compras con tres pesos. Si las cosas se compran con dinero ¿cómo es que cuatro cosas, cada una del valor de tres pesos — doce pesos todo — se han comprado solamente con tres pesos?

El espacio no me permite citar la opinión de muchísimos economistas ingleses y norteamericanos, para hacer notar la poca importancia que dan al metálico y al oro como base del dinero. Francis Walker cita a James Wilson, fundador del *Economist* de Londres, quien dice: “el oro no es para la *guinea* más esencial que el cobre o el marfil para una *regla* para marcar las pulgadas”. Pero aún admitiendo como indispensable el oro, no deja por esto de tener su uso nada más que como medida de valor y como medio de cambio. La única diferencia que media entre el oro y otra clase de moneda es que él tiene un valor intrínseco como riqueza. Si yo tiro al agua una moneda de oro de diez pesos, desaparece para mí y para la comunidad un valor de diez pesos. Si yo enciendo un cigarro con un papel de diez pesos, me perjudico yo solo: la comunidad no pierde nada. Pero es siempre una medida de valor.

Es como el metro para medir la longitud, el litro para medir los líquidos. ¿Qué diríamos de una medida que habiendo sido de diez metros en 1890, se encogiera hasta seis y medio en el año 1900, para llegar a quince metros en 1914? El fin del comerciante no es el de conseguir oro. En 999 casos sobre mil el vendedor no quiere oro o plata; no busca el *dólar* por los 23.22 gramos de oro que contiene. La mayor parte de los *dólares* que recibe no contienen oro, están hechos de papel. No piensa nunca en el oro y sería para él una carga inútil si tuviera que recibir grandes cantidades de oro por sus ventas. Su objeto es cambiar comodidades por comodidades y recibe dinero porque es un medio conveniente para trocarlas. El objeto del dinero no es el de llevar una cierta cantidad de oro — 23.22 gramos en cada dólar — sino el de recibir un poder adquisitivo igual al de los artículos vendidos. El dólar o un equivalente al dólar, se toma como representante de un medio de vida, o de comodidades al que se atribuye tal valor.

Ahora bien: el valor está en relación real con el esfuerzo humano o, más bien, con el trabajo y la pena que es inseparable del trabajo; y el verdadero y absoluto valor de cualquier cosa está en la dificultad o facilidad de adquirirla. “Tiene un valor elevado lo que es arduo conseguir y valor bajo lo que es fácil, mientras que lo que se puede obtener sin esfuerzo y aquello por lo que nadie quiere hacer ningún esfuerzo no tiene valor ninguno. Baratura o valor bajo es el resultado de la abundancia; carestía o valor elevado es el resultado de la escasez. Uno quiere decir que las satisfacciones del deseo pueden conseguirse con pequeño esfuerzo, otro que pueden obtenerse solamente con gran esfuerzo”.

“Todo lo que aumenta los obstáculos naturales o artificiales para la gratificación del deseo de parte del último consumidor, obligándolo a expender más trabajo o a sufrir más pena o fatiga para obtener las cosas, aumenta el valor de éstas; todo lo que tiende a disminuir el esfuerzo, fatiga o pena, disminuye su valor. Así las guerras, tarifas, piraterías, falta de seguridad, monopolios o restricciones de toda clase, hacen más difícil la satisfacción del deseo de consumir las cosas aumentando su valor; mientras que los descubrimientos, inventos o mejoras que disminuyen el esfuerzo necesario para llevar esas cosas a satisfacer los deseos disminuyen, también, su valor”.

Es un axioma irrefutable que la escasez de comodidades resulta favorable al interés de los pocos; la abundancia es, siempre, favorable al interés de la generalidad. El problema

para nosotros no tiene, por lo tanto, más que una solución.

He dicho repetidas veces, y lo repetiré siempre que se presente la oportunidad, que la producción será siempre pobre si la distribución de la riqueza sigue realizándose contra las leyes morales, que son leyes naturales del espíritu. *Distribución*, en realidad, es continuación de *producción*; la segunda parte de un mismo proceso del cual la producción es la primera. “Lo que hay que buscar y respetar son aquellas leyes de la distribución de la riqueza que pertenecen al orden natural, siempre iguales y constantes en cualquier época o lugar y que, aunque alteradas por actos humanos, nunca pueden desviarse”.

Hay dos trabas — pueden llamarse vampiros — que obstaculizan el cambio y la distribución y que extrangulan la producción e impiden la abundancia de comodidades, haciendo gravitar constantemente la concentración y el dominio de ellos en manos de pocos privilegiados. Cualquier comodidad llega al consumidor después de haber pasado por las manos del monopolista; primero, el de la tierra que crea y origina los monopolistas de otras comodidades y, después, por las trabas del estado bajo forma de impuestos.

Franklin Pierce en su obra “Tarifas y Trusts” prueba con cifras irrefutables que algunos artículos de primera necesidad --- la mayor parte --- sufren por los impuestos y derechos de aduana un aumento de precio de 166, 121 y 80 por ciento. Y mientras estos impuestos se malgastan para mantener una burocracia que podría dirigir sus esfuerzos a otros campos de actividad, favorecen, por otra parte, el aumento de los precios. El impuesto indirecto por medio de tarifas aduaneras es el impuesto más opresor y brutal que la ceguera humana haya podido inventar. Cae especialmente sobre el alimento y las comodidades necesarios para el pueblo, y crea industrias que emplean millones para favorecer a unos pocos.

Todavía hay algunos — creo que, por suerte, no son economistas sino simples literatos — que dicen que *país de vida cara significa país rico y próspero* y *país de vida barata significa país pobre*. Ponen en la primera categoría a los Estados Unidos, Inglaterra y Francia y en la segunda a España e Italia. Para desgracia de los pueblos, esos literatos o periodistas llegan por ese barníz de conocimientos, a legislar en los Parlamentos e intervenir en los Gobiernos. Ante todo, es necesario distinguir entre *costo de la vida elevada* y *alto costo de la vida*. Si en España y en algunos puntos de Italia se tuviera que vivir con el confort con que se vive en los Estados Unidos o en In-

glaterra, allí la vida costaría el doble. En España y en algunos puntos de Italia es barato el trabajo vulgar o sin habilidad ("unskilful" como se dice en inglés) y son baratos algunos productos de la agricultura cuando se compran sobre el sitio de producción y cuando las cosechas son abundantes. Las demás comodidades para el confort o son desconocidas o se consiguen sólo pagando altos precios. Tanto valdría pretender una vida confortable en la Pampa, a muchas leguas de la capital.

La carestía de la vida en los Estados Unidos es una leyenda. En tres años de residencia en New York, que es la ciudad más cara de toda la Unión, y habiendo recorrido varias ciudades importantes, he podido observar, con criterio de economista, que en todas las clases sociales, la vida, a paridad de condiciones y calculada en pesos uruguayos, cuesta la mitad de lo que valen casi todas las comodidades en la República Argentina y en el Uruguay. Esto por una parte.

Por otra parte, no hay que confundir la prosperidad de algunos o de una clase con la prosperidad de todo el país. El mismo Franklin Pierce cita un Boletín del Departamento del Trabajo de Wáshington donde S. E. Forman describe, con lujo de detalles, la vida y los gastos de diez y nueve familias de clase pobre: de obreros. Estas son la representación de muchos miles de ciudadanos industriales honestos, a quienes se deben todas las comodidades y el confort que nos hacen agradable el mundo. Sin embargo, estas familias están colocadas por la narración del Boletín al borde del hambre. Esa descripción sigue trayendo al examen mental miles de familias — familias dice — de padres, madres y niños harapientos, pálidos como espectros desfilando desde la cuna hasta la tumba y pagando su tributo de trabajo y de privaciones a esa monstruosa injusticia llamada tarifa aduanera, para enriquecer a unos magnates que hacen creer a los literatos de la política que el país está rico y próspero.

De suerte que mientras el valor de las cosas producidas por el trabajo, tiende a disminuir con el crecimiento social, mientras que la escala más vasta de la producción y el progreso de sus procedimientos propenden gradualmente a disminuir el precio de costo, mientras el efecto de todas las invenciones y mejoramientos que aumentan el poder productivo y que evitan el desperdicio y economizan el esfuerzo, es disminuir el trabajo necesario para obtener un resultado determinado y ahorrarlo, por las invenciones que llaman los ingleses "labour-saving" o economizadoras del trabajo; mientras todo esto ocurre, el precio

que hay que pagar para tener acceso a las oportunidades naturales, que nos brindan elementos para satisfacer las necesidades con el producto del trabajo, y el castigo que bajo forma de impuestos se aplica al productor de este trabajo, destruyen todas las ventajas del progreso en el poder productivo.

Es inútil pretender que el precio de las comodidades baje con la aplicación de pequeños remedios. No es el problema del dinero el que debe preocuparnos; son esas trabas artificiales que son la causa de una injusta distribución de riqueza, impidiendo la adquisición de comodidades con que queremos satisfacer nuestros deseos, comprendido el uso del dinero.

Es cierto, que dada la organización económica actual aparecen causas superficiales que flotan de vez en cuando en el ambiente económico social, para explicar los fenómenos que sacuden a la sociedad. El defecto esencial del dinero, las tremendas variaciones que ocurren en el crédito comercial, las dificultades que surgen por la asociación tácita o manifiesta de los que monopolizan ese flujo y reflujo de los cambios que se llama moneda, podrán influir en el desequilibrio de la producción y en el cambio de comodidades, pero la causa de todas las causas, es la dificultad opuesta al acceso a las oportunidades naturales y el robo de una parte del trabajo, cometido en perjuicio del productor. Hay muchos artículos manufacturados por los cuales el productor recibe sólo una tercera parte del precio pagado por el consumidor, mientras la adulteración supera en su perfección toda la sagacidad del comprador.

“Considerad el enorme poder productivo que se desperdicia y el gran número de consumidores improductivos mantenidos a expensas del productor: los ricos y los mendigos, los oficiales de gobiernos, peor que inútiles; los cortabolsas y salteadores, los ladrones altamente respetables que cumplen sus operaciones dentro de la ley, el gran ejército de abogados, los pobres y los que viven en las cárceles, los monopolistas y los especuladores de toda clase y grado. Considerad cuánto cerebro, energía y capital están dedicados, no a la producción de la riqueza sino a apresar riqueza. Considerad el desperdicio causado por la competencia que no aumenta riqueza y por leyes que restringen la producción y el cambio. Considerad cuántas facultades humanas hay entorpecidas por alimento insuficiente, por habitación insalubre, por trabajo ejercido bajo condiciones que producen enfermedades y abrevian la vida. Considerad cómo la ignorancia, hija de la pobreza, disminuye la produc-

ción y cómo el vicio nacido de la pobreza produce destrucción de riqueza". Y, por otra parte, considerad todos los elementos naturales e indispensables monopolizados y cerrados al trabajo.

Mientras discutimos como locos y nos trepamos para subir los unos sobre los otros ¡qué poco tomamos de las cosas buenas que nos brinda la naturaleza! Para la mayoría de los habitantes de los países más ricos la fruta es un lujo. "Sin embargo, no es la naturaleza perezosa o avara de sus frutos. *Si supiéramos quererlo* todos los caminos podrían ser flanqueados por árboles frutales".

FÉLIX VITALE.
